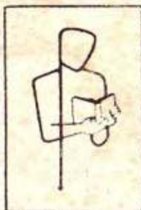
LIMA EN ROCK

Oswaldo Reynoso conoce bien a esa adolescencia que deriva en lo que entre nosotros se llama "roncanrolerismo" —el equivalente limeño del "teddy-boy", del "blouson-noire", del "gamberro"—, pues su profesión de maestro, unida a su condición de hombre joven y escritor, le ha permitido descubrir algunos recovecos psicológicos de estos muchachos generalmente incomprendidos y, sin duda alguna, por peor que sea su conducta, inocentes. En "Lima en Rock", el artista que hay en Reynoso ha hecho una pintura objetiva del comportamiento y la interioridad de aquellos adolescentes difíciles.

Precisamente, Reynoso se inscribe en la tendencia literaria europea más reciente: el *objetivismo* o *conductismo*. Como algunos notables autores franceses de hoy (Robbe-Grillet, Butor, etc.), describe el medio, los actos, el habla, lo descriptible, en una palabra, sin analizar filosóficamente el conjunto de elementos que integran cada suceso. Así "Lima en Rock" es un retrato de nuestra compleja ciudad. "Mientras leía los originales de los cuentos de Oswaldo Reynoso —ha escrito José María Arguedas— creí comprender con júbilo sin límites, que esta Lima en que se encuentran, se mezclan, luchan y fermentan todas las fuerzas de la tradición y las indetenibles fuerzas que impulsan la marcha del Perú actual, había encontrado a uno de sus intérpretes".

La nueva literatura peruana está, pues, excelentemente representada por este libro de Oswaldo Reynoso, quien apenas tiene 31 años. Realizó el autor sus estudios superiores en la Escuela Normal Central (La Cantuta), a la que acudió desde su Arequipa natal. Ha ejercido el magisterio en ese centro docente y en Caracas, a donde fue contratado, y actualmente es catedrático de la Universidad Nacional de Huamanga. Publicó, en 1959, un libro de poemas, "Luzbel", y prepara actualmente una novela, "En Octubre no hay milagros", que *Populibros* ya le ha contratado. Por ser la juventud el tema de su trabajo literario, a él se tendrá que acudir para responderse a la dramática pregunta de cómo son nuestros hijos.



POPULIBROS PERUANOS S. A.
Juan Simón 1197 — Lima

Distribuidores Exclusivos en Provincias
LIBRERIA INTERNACIONAL DEL PERU

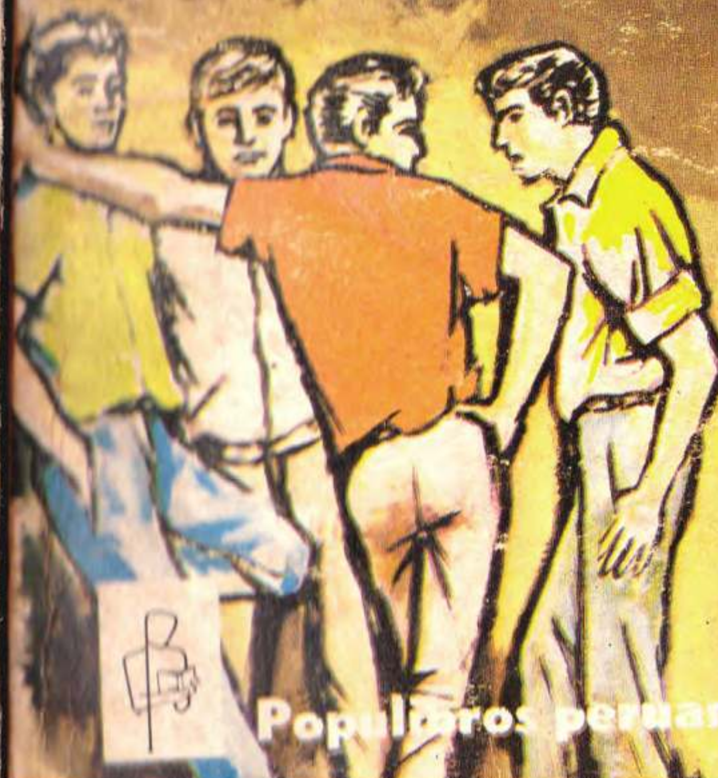
Precio en Lima: Colección S/. 50
Precio en Provincias: .. S/. 55

Offset — Panamericana S. A.

Oswaldo Reinoso

LIMA en ROCK

(Los inocentes)



Populibros peruanos

Todos los derechos reservados. *Populibros* y todas sus variantes son marcas registradas.

"POPULIBROS PERUANOS": Juan Simón 1197, Lima

A
Carlos Gallardo.

Yo tenía dieciséis años...
en el corazón, pero no tenía
ni un solo lugar dónde colocar
el sentimiento de mi inocencia.

Jean Genet.

CARA DE ANGEL

I

Febrero. (Un día cualquiera).

2 p.m.

Metió las manos en los bolsillos y fue más hombre que nunca.

"El semáforo es caramelo de menta: exquisitamenta. Ahora, rojo: bola de billar suspendida en el aire".

El sol, violento y salvaje, se derrama, sobre el asfalto, en lluvia dorada de polvo.

"Así me gusta: bajo el sol, triste, y con las manos en los bolsillos. (Sólo los viciosos tienen esa costumbre). ¡Al diablo con la vieja! Con las manos en los bolsillos. Porque quiero. Porque me da la gana".

Entro por Moquegua al Jirón de la Unión.

"Esa camisa roja que está en la vitrina es bonita, pero cara. Es marca B.V.D. Todas las vitrinas deberían tener espejos. A la gente le gusta mirarse en las vitrinas. A mí, también. El color rojo de la camisa haría resaltar la palidez de mi rostro. Estoy ojeroso: mejor. Tengo el cabello crecido: mucho mejor. Cara de Angel: sí.

Nunca: María Bonita. Ni mucho menos: María Félix. Que no se les vuelva a ocurrir llamarme así; porque les saco la mierda. No tengo cara de muchachita. Mi cara es de hombre. En mi rostro ya se vislumbra una pelusilla un poco dorada que, de aquí a tres meses, será barba tupida y, entonces, usaré gillete. Si los muchachos del billar, supieran lo que hice con Gilda, la hermana de Corsario, nunca volverían a llamarme María Bonita. Se prendió de mi cuello mordiéndome la boca. Por broma dije: Mi boca no es manzana dulce. Entonces, la mocosa refregó, violentamente, su cuerpo contra el mío. No quiso que le agarrara las piernas. Tan sólo pude estrujarle los senos. Su ropa interior era de nailón: resbaladiza, tibia, sucia, arrecha. Recuerdo que era roja como la camisa de la vitrina. (Rojo es color de serrano, dice Manos Voladoras, el afeminado de la peluquería, entornando los ojos). Con esa camisa mi rostro estaría más pálido. Me compraría un pantalón negro. Me compraría gafas oscuras. Tendría pinta de trasnochador "dispuesto a llegar hasta las últimas consecuencias de una vida intensa", como dice Choro Plantado, el borracho de mi cuadra. Y mis diecisiete años, a lo mejor, se transforman en veinte. Ahoritita, le saco la mierda a ese viejo que simula ver la vitrina cuando en realidad me come con los ojos. Está mira que te mira que te mira. Pensará: camisa roja y pichón en cama. Simulo no verlo. Su mirada quema. Seguramente, estoy sonrojado. Eso les gusta: inocencia y pecado. Está nervioso. No se atreve a dirigirme la palabra. Clavo mis ojos en los suyos, como jugando, para avergonzarlo. Desvía la mirada. Miro la camisa. El me mira. Lo miro. Y, él, mira la camisa. Mejor hay que sonreir. Si me voy, él me sigue. Si me quedo, él me habla. ¡Esto es un lío! ¡Un lío! Hace días uno de esos me siguió más de veinte cuadras. No decía nada. Iba detrás de mí: incansable, silencioso, avergonzado. Entré a mi casa. Comí. Salí al cine, con la vieja. Y él, triste, se perdió al llegar a una esquina. ¡Pobrecitos! Parecen perros hambrientos, apaleados, corridos. Pero, ¡qué caray! uno no puede ser carne de ellos. Por fin se acerca. Habla. Contesto: Sí. Sí, me gusta la camisa. ...Pero, no lo conozco. ...¿Qué? ¿Que quiere ser mi amigo? ¿Para qué?... ¿Por gusto?, ¿simpatía? No, no le creo... ¡ah ya! ¿Obsequiarme la camisa? ¿A cambio de qué? ...Ya las paro. ¿A su casa? No, no señor, no, disculpe. Si desea le presento a un amigo. ...¿Conmigo? No. ...¿A la playa? No, me hace daño el agua salada. ...¿A los ojos? No, al estómago. ...¿Al cine? Tampoco. La oscuridad me ahoga. (Con Yoni, sí. Yoni, compañero de clase: loquita: buenas piernas en la oscuridad con chocolate, con fruna. Las piernas de Gilda son mejores. Uno de estos días se las toco). Pierde su tiempo conmigo. Ahí, nos vemos".

Sacó las manos de los bolsillos. Bajó la cabeza. Dio una patada en el aire. Levantó un brazo más arriba de la nuca. Se mordió las uñas. Esbelta y triste quedó su imagen, en relieve, contra el sol. Las tiendas del Jirón de la Unión permanecían cerradas. Poquísimas personas transitaban por el centro de la ciudad. El viento opaco y caluroso, levantaba hojas de periódicos amarillentas y sucias. La tarde —lenta, sudorosa, repleta de sonidos sordos y lejanos— se levanta niña. La ciudad soportaba el peso, salvaje y violento, del sol.

"Es una vaina venir por estas calles. Uno siempre se ha de encontrar con locas. Que lo miran. Que lo siguen. Que le hablan. Que le

ofrecen hasta el cielo. Y, ¿por qué siempre tienen que mirarme? Mi cara tiene la culpa. Sí: Cara de Angel. Cuando gano plata en el billar mi vieja cree que ya estoy con uno de esos y, sin averiguar nada, me pega. Hoy me ha pegado. No me quiere. Para ella debo ser ensarte, triple ensarte".

Metió las manos en los bolsillos y quedó más hombre que nunca.

Elástico y calmo, avanza por el Jirón de la Unión.

"Siempre he sido un tonto. Siempre he querido ser hombre. Pero siempre he fracasado. Tengo miedo de ser cobarde. A los soldados —no sé dónde lo he leído—, antes de la batalla les dan pisco con pólvora para que sean valientes. En lugar de pólvora, que no puedo conseguir, como fósforos y sigo siendo cobarde, sin embargo. Si uno quiere tener amigos y gilas hay que ser valiente, pendejo. Hay que saber fumar, chupar, jugar, robar, faltar al colegio, sacar plata a maricones y acostarse con putas. He intentado todo, pero siempre me quedo en la mitad, ¿será porque soy cobarde? Mi vieja, también, tiene la culpa. Me trata como si aún continuara siendo niño de teta. Y, lo peor del caso es que me trata así delante de los muchachos de la Quinta y me expone a burlas. Siempre tengo que trompearme para demostrales que soy hombre. El otro día, a las cinco de la tarde, me envió a comprar pan. No quise ir: la Collera estaba en la esquina. (Colorete gritaba enfurecido). Protesté, pero al final, como siempre, se impuso la vieja. Saqué la bici y, pedaleando a todo ful, pasé por la esquina. Me vieron. Compré el pan. Al volver los vi en la puerta de mi Quinta. Cuando quise entrar, Colorete cogió la bici. Con sonrisa maligna dijo: "Zafa, zafa, no te metas con hombres. Aquí nadies es niñito de casa. Carambola, ¿di: alguna vez has ido a la panadería mandado por tu vieja? No. Ves. Aquí sólo hay hombres. ¡Hasta cuándo no te desahuevas!" Quise pegarle, pero sin darme cuenta dije: "¿Acaso he comprado pan para mi casa? Es para mí. Me gusta comer pan. En las mañanas mi vieja compra para todo el día". Colorete, poniéndose serio, repuso: "A nosotros también nos gusta comer pan".. Y sin darme tiempo, tomó la bolsa y repartió el pan. Comimos, en silencio, sin mirarnos, como si estuviéramos cumpliendo una tarea penosa, colegial, aritmética. Uno a uno los muchachos se fueron. Al final, sólo quedó Colorete. Me asustó su mirada. Ya no había cólera ni burla en sus ojos: había ternura, extraña, terrible. Cuando se dio cuenta que lo miraba, se avergonzó. Quise darle la mano y decirle: "Te comprendo". Pero qué difícil es sincerarse sin cebada. Sé que esa tarde Colorete quiso decirme algo, sin embargo, calló: tuvo miedo. Sin decir nada se fue. Esa noche no pude dormir. Resonaban las palabras de la vieja, pobre vieja, pobre. "Ya no sé qué hacer contigo. Toda la plata que te doy te la juegas. Eres un mal hijo. ¿Dónde está el pan? Me vas a matar a colerones". Esa noche hubiera sido bueno llorar".

Olor de gasolina en el viento sofocante.

"En estas vitrinas hay relojes, chocolates, esclavas, pantalones americanos, camisas, tabas, ropas de baño. Si uno tuviera plata... Y es bien fácil conseguir dinero. Lo único malo es

que la vieja lo averigua todo. "¿De dónde sacaste esa camisa? ¿Quién te la dio?" Y la cantaleta no termina. Hace poco no más, los muchachos del billar, la collera del barrio, planearon el robo de una moto. El trabajito salió como el ajo. El dinero que se consiguió tuvo que gastarse en cine, en carreras, en cebada, en cigarrillos finos. No se puede comprar ropa, para no meterse en pleitos con la vieja. El único que hace lo que le da la gana es Colorete. Grita y se impone y, si el viejo protesta, le saca en cara su negocio, su cantar: el viejo, su viejo, es cabrón. Por eso Colorete no sólo roba, sino hasta se vive, públicamente, con un maricón, que dicen que es doctor".

Llega a la Plaza San Martín. El sol opaco y terrible cae sobre los jardines. Obreros, vagos, soldados y marineros duermen en el pasto: sueño sudoroso, biológico, pesado.

"Como quisiera estar en la playa: arena; gilas en ropa de baño; carpas de colores, como los circos; espuma; música; olor a mariscos; ojos sedientos de mi cuerpo delgado, elástico y pálido dorado. ¿Y si la Plaza se transformara en playa...? Siento, en no sé dónde, una pereza blanda, como si fuera algodón. Ahora, sube por la garganta y no puedo contener un bostezo delicioso, esperado, que me hace lagrimear. Tengo sueño. Me parezco al gato de la señora vecina cuando se echa, patas arriba, hambriento de gata, bajo el sol".

Medio día. Plaza San Martín: bocinas, pitos, últimoras, tranvías bulliciosos. El cielo, pesado y ardiente, sofoca. La sangre arde. Cara de Angel: tendido en el pasto.

"Y si la plaza fuera un cementerio: cementerio ardiente, sin flores, con muertos enterrados, verticalmente. Entonces, vendría el viento marino del Callao y dejaría a ras del suelo cráneos podridos; y los muertos en invierno se juntarían, para no sentir frío; y en verano se echarían en el pasto, para que el sol los caliente; y los autos tendrían miedo de atropellarlos; y el patrullero, de vez en cuando, les traería comida y emoliente; y en las noches brillarían con los avisos luminosos: mar con botes de colores... Y si los muertos fueran los manifestantes de ayer; hubiera sido formidable que anoche, el Jefe del Partido, encabezando el suicidio colectivo, se hubiera lanzado del balcón, una vez terminado su discurso, y todos, todos, hasta los policías se hubieran muerto y anoche un señor dijo que el Jefe hablaba para la juventud y no entendí nada y a mi papá lo tomaron preso por meterse en política y mi mamá siempre dice que era bueno y que la política lo mató y yo no sé nada de política no me interesa tampoco y quisiera cagar en el palacio del Presidente por gusto por joder y el profesor de historia con la lata de la higuera de Pizarro y que los almagristas lo mataron y que me daba sueño y que me hacía mojar la cabeza y es peligroso dormir con la cara al sol uno quiere despertarse y no puede como si se estuviera muerto y se quisiera resucitar estoy sudando y me gusta el olor de mi cuerpo el olor de las muchachas de mi barrio me arrecha sobre todo en verano tienen olor a pescado a fierro en invierno no se lavan y apestan rico las manos de Gilda olían a marisco a mar las piernas de Gilda buenas buenas buenas esta noche voy a México y no tendré miedo y el viejo si insiste un poco más casi me lleva da asco con viejo pero la camisa roja bonita bonita Colorete

es cochino con Yoni tal vez quince días que no me lo toco y parece que revienta con el sol las bolas hacen carambola jardinera dados gigantes que chocan contra el mar siempre siete siete cuando se pide los senos de Gilda con leche tibia y dulce playa mar ruido olas música azul con verde miel helada en la lengua aguadulce retumba en ola en roca el mar roca en agua y ola tumbo en tumbo en roca amor en roca Gilda en roca cara sol Yoni mar en cine fruna en mar roca roca en tumbo cara roca mar mar marmarmarmarmar amar amar amaaaaar.

II

4 p.m. del mismo día.

—Que no se escape.

La collera del barrio, bulliciosa, en tropel (manada de cervatillos montaraces), llega al Paseo de la República.

—Cruza, cruza, rápido.

Colorete sujeta el brazo de Cara de Angel que es llevado a la fuerza.

—Cuidado viene un auto. (Se agitan como patos).

Atraviesan la calle y se dirigen a la parte más tupida y oculta del Parque de la Reserva. (Pantalones negros, azules, celestes; camisas rojas, negras, amarillas se estremecen delirantes entre ramas verdes).

—Sácale la mierda.

El cielo está nublado, sucio, triste. El calor es más intenso. Todos están ahí: Corsario, Natkinkón, el Príncipe, Colorete (el capazote de la collera), el Chino, el Rosquita, Cara de Angel, Carambola.

—Quítale la plata.

Los cuerpos parecen que tuvieran miel y las camisas se pegan, tibias. El olor agrio y ardiente de las axilas se mezcla, violentamente, con el vaho húmedo y suave del césped. Hay furia. Ganas de cagarse en la mitra del Papa. Cara de Angel, pálido, no puede hablar: tartamudea. Sabe que Colorete le lleva bronca.

—¡Desahuévalo! (Grita Carambola).

Lejos: autos y tranvías pasan veloces. Cara de Angel quiere correr, abrazar a su mamá y pedirle perdón por todos los colerones.

—Ya maricón, ¡defiéndete! (Emplaza Colorete).

Están frente a frente, midiéndose. (Gallitos feroces). Los demás hacen ruedo. (Gallinas atolondradas).

—Entrale, éntrale, sin miedo, María Bonita.

Todos ríen. Cara de Angel sabe que su rival es cobarde y traidor, que sabe dar buenas chalacas, que tiene una zurda fuerte y mañosa, que sabe defenderse la cara y otras cosas y que, además, cuando se ve perdido, "acaricia con la uña" que siempre carga en el bolsillo.

Hay cólera y odio animales en los ojos grandes y biliosos de Colorete. Transpira, cierra y abre los puños, desesperado. Escupe a un lado y a otro, nerviosamente. Cara de Angel sigue pálido, con las manos en los bolsillos, esperando el ataque. Trata de explicarse el porqué de la bronca que le lleva Colorete. Busca en el recuer-

do algún incidente ofensivo; pero lo único que recuerda es que siempre fue bueno con Colorete. O a lo mejor, así como existe simpatía natural, espontánea; existe también odio instintivo, natural, espontáneo. De pronto, algo se quiebra, se desmorona, en su interior y se duele por él, por sus amigos, por su mamá. En el pecho siente un charco helado que lo hiere. Cómo quisiera que, de un momento a otro, Colorete le diera la mano, que los muchachos dijeran: "No te asustes, Cara de Angel, todo esto es un juego: te queremos".

—¡Desahuévate, María Bonita! ¡Entrale!

Colorete se avienta furioso, lo toma por la cintura y caen al pasto. Agil, con las piernas, le hace tenaza en el cuello. El rostro de Cara de Angel se enrojece y las piernas de Colorete ajustan, nerviosas. Sorpresivamente, Cara de Angel le toma el brazo y se lo tuerce por la espalda; libera el cuello y aprovecha para montarse sobre su rival. Colorete se encabrita y logra incorporarse botando al suelo a su enemigo.

—Espérate, espérate, María Bonita, me voy a quitar la camisa.

Los dos contendores se quitan la camisa. Colorete, orgulloso, exhibe su pecho moreno y musculoso; Cara de Angel, pálido y delgado, se avergüenza. Nuevamente, se trenzan. Ahora, Cara de Angel está echado boca abajo y Colorete está jinete sobre él, torciéndole el cuello. Luego deja el cuello y con los brazos le rodea el pecho ajustando fuerte, al mismo tiempo, que, ansioso, mete la cara por los sobacos de su rival y aspira con deleite. (Le gusta el olor de mi cuerpo, piensa Cara de Angel). Voltea el rostro y lo mira. Los ojos de Colorete ya no tienen furia,

tienen un brillo extraño que asustan. Es el mismo brillo y la misma ansiedad que vio en los ojos de Gilda la noche que casi le toca las piernas. Cara de Angel siente miedo desconocido y oscuro. Hay un vacío vertiginoso en el estómago, como si se estuviera en el último piso del Ministerio de Educación y el asfalto negro de la calle atrajera, irresistiblemente. Desesperadas las manos se prenden al pasto y grita.

—¡Estás armado, mostacero de mierda! ¡Déjame!

Cara de Angel se incorpora furioso. Los muchachos ríen y hacen cargamontón. Colorete sale sudoroso y ordena que le quiten, a Cara de Angel, el dinero que les ganó en el cracp. Lo aprisionan y le hurgan los bolsillos, pero no encuentran plata. (Cuando fue al baño escondió entre las medias tres libras).

—No hay nada.

—Debe habérselas guardado en los zapatos.

Cara de Angel lucha desesperado, no por el dinero, sino porque tiene los pies sucios, las medias están que apestan y le da vergüenza, y en pleno verano cuando todos se bañan y andan limpios. Le preocupa la opinión de Colorete. Piensa: ahora, él, me odiará más, sabrá que soy sucio, que no me gusta lavarme los pies. Por fin, lo dominan y le sacan los zapatos, luego las medias y aparecen las tres libras húmedas y hediondas. El Rosquita las lava en la pila. Cara de Angel ha quedado tendido en el suelo, escondiendo los pies. Colorete lo mira con disimulada ternura y expresivo asco.

—Cochino, sucio, sucio. Te creía limpio. Pero me gustas más así: sucio. Un día de estos te agarro, de verdad.

—Esta noche hay cebada. (Grita el Rosquita).

—Oye tú. Hasta ahora nadie me ha dicho mostacero. Tú acabas de decirlo y eso no lo perdono. Saca los dados. Vas a ver quién es Colorete. Vas a jugar conmigo, conmigo, y quien pierde se la corre, aquí mismo.

Cara de Angel tiene que aceptar el desafío, de lo contrario, hablarán mal de él.

—Tira, tú primero. Número mayor gana. (Dice Colorete).

Cara de Angel toma los dados, les echa un poco de saliva y los mueve como si estuviera celebrando culto a una deidad misteriosa, sangrienta. Los deja caer suave; ruedan: marcan diez.

—¡Qué lechero! (Grita Natkinkón).

Colorete recoge los dados. Escupe a uno y otro lado. Cierra los ojos y tira los cubiletes: marcan once.

—Córretela. (Ordena Colorete).

Cara de Angel se tiende en el suelo, de costado; quiere llorar. Piensa que ya no podrá ir a México; quince días que se ha contenido: ¡para esto!

—Si quieres, mira esta foto. (Dice Corsario).

Del bolsillo trasero del pantalón saca una foto y se la enseña. Se pelean por verla. Cara de Angel ve una mujer desnuda que está agarrándose los senos. Cierra los ojos y piensa en Gilda.

—Ya, de una vez, o te agarramos entre todos. (Grita furioso, Colorete).

Todos quedan en silencio. Sólo se escucha, a lo lejos, el ruido de autos y tranvías y, de vez en cuando, pitos; cerca: el respirar agitado de los muchachos. Cara de Angel siente una profundidad dulce y una humedad turbulenta en

la boca. Un olor picante a madera, a manzana, lo transporta a los brazos de Gilda. Corsario le mira el rostro arrebatado. El Chino, como hipnotizado, no deja de mirarlo. Carambola, asustado, piensa en Alicia cuando baila; el Príncipe, también, piensa en Alicia y recuerda a Dora. Natkinkón, en cuclillas, sonriente, se come las uñas. El Rosquita, gracioso y palomilla, da vueltas y no puede contener la risa pícara. Colorete, solo, distante, con las manos en los bolsillos, sin camisa, con la espalda llena de pasto y sudor respira agitado sin dejar de ver a Cara de Angel. La tarde se ha detenido. Colorete piensa que está solo, absolutamente solo en el mundo y siente un dolor terrible en los testículos. De pronto, gritan y aplauden; se empujan, unos a otros; miran el cuerpo de Cara de Angel y se van a la carrera. El Rosquita, por delante, sale del Parque de la Reserva, enseñando las tres libras. Cara de Angel queda solo echado en el pasto. Los árboles recortan en pedazos el cielo nublado, caluroso, sucio, sucio, sucio.

EL PRINCIPE

I

6 de agosto. (Vacaciones de medio año).

Con púdica delicadeza de niña, Manos Voladoras, guardó el dinero y, en una cargada atmósfera de miel de colonia, invitó:

—El que sigue, por favor.

Don Lucho, el dueño del billar "La Estrella", quitándose el saco, avanzó al gran sillón, a través de reflejos azulinos.

—Corte alemán, como siempre.

Manos Voladoras con mirada provocativa y gesto resentido, contestó:

—Ya lo sé, Don Lucho. Conozco el gusto de mis clientes.

Corsario levantó la cara por encima del chiste que estaba leyendo y con ojitos pícaros, rió. Los que esperaban turno sonrieron, deshonestos.

—¡Jesús con estos muchachos! Para ellos todo, todo, todo tiene doble sentido.

Diligente como dueña de casa desplegó un paño blanco, blanco. Limpió acomedido máquinas y tijeras. Abrió un frasco de perfume y aspiró, goloso, y, con disimulo coquetón, se miró en el espejo. Don Lucho, entre tanto, prendió un inca. La claridad violeta de la peluquería se enturbió con el humo denso de tabaco negro. Fuera, a pesar de ser casi las cinco de la tarde, ha-

cía oscuro: los días seguían nublados, irremediablemente. Después de muchos arreglos y aderezos de cirujano, Manos Voladoras, se dispuso a trabajar.

—¡Ay, Don Lucho! yo nunca me equivoco. Siempre dije que el Príncipe era el más roc de los muchachos del barrio.

—¿Roc? —preguntó extrañado Don Lucho.

—Rocanrolero, pues, Don Lucho.

Corsario, desafiante y curioso, emplazó.

—Chismoso, qué hablas del Príncipe.

Manos Voladoras dejó tranquila la cabeza del dueño de "La Estrella" y dirigiéndose a Corsario, en tono de falsete, dijo:

—Que si no fueras ignorantón y leyeras los comercios de la tarde no me preguntarías. (Volvió a la cabeza de Don Lucho). Es un fastidio trabajar en este barrio. Aquí, nadies, nadies, nadies lee. Cuando trabajaba con Mario en San Isidro y...

—Déjate de esas historias, me las sé de memoria.

El amo de "La Estrella" interrumpió colérico. Entonces, Manos Voladoras, rápido y femenino, tomó de la mesa del centro un periódico y se lo mostró:

—Entérese, Don Lucho.

—¡Qué desgracia para mi compadre!

Los conocidos del barrio salieron curiosos de su casi sueño dulce color naranja y miraron fijamente a Don Lucho.

—¡Qué desgracia para mi compadre!

Corsario dejó el chiste y ansioso se acercó al gran sillón. Manos Voladoras lo espantó. (De seguro pensó: donde hay miel hay moscas).

—El Príncipe es el más roc de todos ustedes. (Corsario, dando vuelta al gran sillón, huía asustado de Manos Voladoras que, delicado, lo perseguía queriéndole meter la tijera en plena cara)! Tengo muy bien entendido, para que lo sepas y lo pregones, que ser roc no sólo es usar bluyins y camisa roja: eso, es cáscara. Ser roc significa, significa... bueno, por ejemplo, hacer lo que ha hecho el Príncipe.

—Pero Colorete lo gana. Repuso, pico a pico, Corsario.

—¿Colorete? ¡Ay, ay, ayayayayay! No me hagas reir. Colorete es un antipático y un vividor, un-vi-vi-dor.

—Vividor, ¿no? Ahora, se lo digo para que te pegue. Amenazó Corsario.

—Díceselo, no le tengo miedo.

El señor omnipotente de "La Estrella", con la cabeza medio rapada, gritó:

—Termina con mi cabeza y déjate de ventilar en público tus sucios enredos. ¿Habrasevistotaldescaro?

Manos Voladoras volvió a su faena. Corsario quedó pegado al espejo y no dejó de mirar "La Tercera" que todavía permanecía en manos de Don Lucho.

—¡Pobre mi compadre! —seguía lamentándose el amo de "La Estrella".

—¡Pobre Príncipe!, diría yo —contradijo Manos Voladoras mientras daba los últimos toques, rápidos y precisos, a la cabeza de Don Lucho.

—¡Pobre mi compadre! tener un hijo tan sinvergüenza. En lo que ha terminado ese muchacho. Eso sí, yo nunca permití que pisara mi billar. Se hace el mosquita muerta y es capaz de chuparle la sangre a su mismo padre.

—No, Don Lucho, el sinvergüenza es el padre. No me diga que no; porque yo sin ser de la familia conozco las cosas de cerca, de-cer-ca.

—Más respeto. No hable de esa forma de mi compadre.

—No, Don Lucho, yo no tengo pelos en la lengua. Yo siempre, siempre digo lo que pienso, lo-que-pien-so-y-na-da-más.

Corsario, venenoso y burlón, intervino:

—Estás caliente con Don Jorge, porque en mi delante te prometió darte una pateadura si llevabas, otra vez, al Príncipe a tu jabe.

—Ve, Don Lucho, qué mal pensada es la gente. El Príncipe ha dormido una sola vez en mi casa y ni-si-quie-ra-lo-he-mi-ra-do. Y durmió; porque su padre lo botó de su casa, lo-bo-tó-de-su-ca-sa.

—Mi compadre no hace esas cosas.

—Desengáñese, Don Lucho, usted, más que yo, sabe que Don Jorge, desde que se le fue su mujer, no puede dormir solo: le gusta pasar la noche en compañía de cualquier arrastradita. Y como su casa es estrecha y su hijo duerme en el mismo cuarto y es un estorbo para sus aventuritas, lo manda al taller y mientras mi pobre Príncipe tirita el viejo sucio se revuelca calientito con alguna polilla cochina. No, Don Lucho. Un padre, un padre de verdad, un verdadero padre no hace esas cosas y menos tratándose del Príncipe que es tan bueno, tan humilde

Y mientra Manos Voladoras hablaba con ternura de mermelada de durazno de su pobre Príncipe, Corsario tomó el pulverizador. Palomilla, chisgueteó en los ojos de Manos Voladoras; ágil, arranchó el periódico y, escurridizo, salió a la carrera.

Llueve, llueve, llueve fino. Llueve líquido algodón. Silueta azul, sudorosa y agitada, torea autos y tranvías. Morado pálido el viento frío. Con "La Tercera" en la mano, como bandera,

ya saludando a conocidos y cuñados. El asfalto brilla negro y el jebe de los zapatos amarillos resbala en el cemento. La neblina se deshace en la boca como helado de leche. ¡Quién lo hubiera creído!: el Príncipe con foto y todo en "La Tercera" y mañana, seguramente, en los comercios. Olor a lluvia: transpiración densa de barro y cemento; vaho tibio de gasolina y asfalto. Colorete va a tener envidia. El corazón está lleno de azúcar congelada. Autos y tranvías se aglomeran en calles estrechas. Corre, corre apresurado, atropellando gilas, a propósito. Cara de Angel se quedará con la boca abierta. Ambulantes con carretillas impiden el paso. Pero Corsario con "La Tercera" en alto se desliza veloz, pidiendo perdón a señoritas asustadas. Manos Voladoras estará hablando, hasta por los codos, de su pobre Príncipe. La ciudad despierta de la neblina oscura y entra bulliciosa a la noche iluminada.

Espuma y oro líquido rielan y refulgen en mesas de metal. Radiola loca siete colores, siete maracas. Cubiletes y carajos caen violentos sobre mesas llenas de cebada. Colorete baila solo frente a la radiola. Natkinkón, moreno empedernido, tamborilea en una silla. El Rosquita se abraza a Carambola y en dúo acompañan al dúo del disco "Anyiluu..." Cara de Angel, vicioso él por el juego, interviene gozoso en el cachito sabatino que se arma con "los de la eléctrica". De pronto, desde la puerta del café, Corsario grita:

—El Príncipe en "La Tercera" con foto y todo.

—A ver luzmila para mi ojal —contesta gracioso el Rosquita.

—El Príncipe en "La Tercera": ¡PENDEJO!
Extienden "La Tercera" sobre la mesa y leen en silencio.

ROCANROLERO ASALTA Y ROBA

Anteanoche, el menor de 17 años Roberto Montenegro del Carpio (a) El Príncipe promovió mayúsculo escándalo en una casa de diversión de Prolongación México. Después de tenaz labor del Comisario y de hábiles interrogatorios llevados a cabo por sus subalternos se descubrió que el citado delincuente había robado un automóvil Ford 58 de placa particular N° 39-562. También se descubrió que el Príncipe, días antes, había asaltado en plena vía pública a un indefenso cobrador robándole la estimable suma de diez mil soles. Extraoficialmente nos hemos informado de que el joven rocanrolero sigue estudios secundarios en una Unidad Escolar de la Capital. Llamamos la atención de nuestros educadores para que, de una vez por todas, enfrenten con valentía este agudo problema de rocanrolerismo.

Ansiosos devoran la noticia y sorprendidos quedan en silencio.
—Esto hay que celebrarlo.
Cara de Angel, que ha ganado en el cachito con "los de la eléctrica", pide cuatro pomos. Carambola pone "Ansiedad" y Corsario entusiasmado cuenta.
—Yo también he salido en los comercios, ¿recuerdan? Apenas tenía catorce años y ya estaba aburrido de mi casa: todos los días había correa. Y el espeso del Borrao, ese de Normas Educativas, me llevaba bronca, me tenía asado.
—Ese desgraciao a mí también me tomó como punto —interrumpió Colorete.

—Vendí mi bici y con esa mosca me fui al sur. En Toquepala no encontré ni agua. Los gringos son bien malditos. Entonces, lueguito me fui a Tacna. Ahí, conocí a un chileno: ¡Pendejo el roto! Le caí en simpatía y me consiguió un trabajito en un bulín. Serví como mozo por más de tres semanas. Putas: como mierda. Yo era cabrito, como dicen allá, y todititititas las noches me acostaba con una meca diferente. Me aburrí. Tacna es bien triste: poca gente, pocos carros, poquísimos cines y la gente parece gallina: antes de las nueve, todos ya están acostados. Está bien para unos días y nada más.
—Mentiroso e' mierda. ¿Cómo, si eras menor de edad te dejaban en el bulín? Contesta; ya —preguntó desconfiado el Chino.
—Yayayayayaaa, calla, calla. Zafazafazafazafa. Eres más espeso. Deja que cuente. Está bonito. Así fuera mentira, qué importa —protestó Natkinkón.
—Entonces me vine a Lima, ¿recuerdan? Ahí, en la esquina, tú, Colorete, di, ¿no me contaste que me habían estado buscando como agua, que me buscaban por aquí, que me buscaban por allá, que mi foto y mis señas personales salieron publicados en los comercios y que hasta por Radio Reló cada media hora pasaban la noticia de mi desaparición y que mi mamá y mi teclo estaban como locos? Ahí está Carambola que hasta me enseñó los comercios. Entonces recién se me entró el miedo de volver a mi casa. Pero Cara de Angel me dijo: un día de cuera o todos los días de hambre, escoge. Preferí el día de cuera. Llegué asustado a mi casa. Cuando el viejo me vio se puso alegre y me abrazó. Mi viejita lloró y en la noche me preparó arroz con pato.

Natkinkón no quiso quedarse atrás y bullicioso dijo:

—Este zambo también ha salido en Te Ve y todititititos han visto mi cara en la pantalla del japonés.

—Negro bruto. Por salir así te botaron a patadas del canal —dijo Corsario.

—Pero salí, ¡ah!

—¿Cómo fue, ah? —preguntó el Chino. Entonces el Rosquita contó:

—De pronto, sin que nadies se diera cuenta este negro e' mierda comenzó a tócar gemelas. Seguramente, en su familia hubo un músico: un tío, un abuelo, qué sé yo. Don Manuel, el del conjunto "Los Tropicales", lo contrató para que lo acompañara en el programa de Te Ve que tiene en el Canal 13. El día de su debut había que verlo al mono éste, vestido con bombacha de colores. El pelo lo tenía, al principio planchado y brillante; pero ¡carajo! la pasa no se esconde, compadre. Tremenda bulla que se armó en el barrio. Todos los de la Quinta pidieron al japonés que pusiera Canal 13, para ver a este Natkinkón en jodas. Salieron en la pantalla "Las Candelitas", famoso dúo cubano, y, al fondo, como una mancha, en medio de más de diez músicos, estaba este negro hediondo, moviéndose como puta. De un momento a otro, avanzó y en toda la pantalla apareció tremenda cara de mono y comenzó a saludar. Pucha, si es bruto mi cuñao. Lo sacaron a patada limpia.

—Pero mi cara salió en Te Ve y ahora las gilas se me echan.

—Te creemos, te creemos, Natkinkón en jodas.

El trago se terminaba y la guaracha de la radiola les metía fuego en la sangre. Colorete,

distante y callado, pensaba en la hazaña del Príncipe. Le tenía envidia. El nunca había salido en los periódicos. Todos tenían una historia que contar, menos él. Pero cómo le hería el recuerdo del Príncipe.

—El Príncipe es un cojudo. (Gritó Colorete, borracho). Está bien lo del asalto y el robo del For; pero es un cojudo al dejarse chapar tan suave. Lo han encontrado con el bollo. Cualquier iniciado en la materia sabe lo que hay que hacer con el producto de un robo. Ahí, no le tenía al Choro Plantado; por qué no consultó con él.

—¿Qué, estás envidioso, no? —se atrevió a decir el Rosquita.

Colorete comprendió que su prestigio se deshacía como el hielo en verano: rápido, suave.

—El Choro Plantado debe estar en el billar, preguntémosle qué opina del Príncipe.

Se pusieron de pie, pagaron la cuenta y se encaminaron, derechitos, a "La Estrella".

—Ya Don Lucho me habló del asunto —respondió Choro Plantado. Macizo, alto y medio achinado, movía distraídamente el taco, mientras, paciente, esperaba que su contrincante terminara la bolada.

—Ese muchachito promete. A ver, Don Lucho, dos pomos, por favor. Hay que tener cojones para asaltar y robar un For, solito, sin ayuda, sin campana. ¡Qué carajo! Conozco al cobrador ese. No es tan indefenso. Es bien fuerte. (Miró con calma, como si el tiempo no corriera, la colocación de las bolas. Se inclinó a la altura de la mesa y calculó con un ojo la posible trayectoria de su bola. Calmo y paciente, echó tiza al taco y, preciso y fuerte, taqueó: ca-

rambola. Durante su bolada de quince no dijo nada, luego...) ...lo único que no comprendo, como dice Colorete; por qué mierda no escondió la mosca y por qué no me habló del For, se lo hubiera desmantelado, y ni san puta lo hubiera encontrado. Bonito bollo se nos ha escapado de los dedos. (Sin apresurarse dejó el taco en la pared. Tomó una botella y sirvió, cuidadoso.) Salud contigo, Cara de Angel. (Bebió y dejó el vaso en manos de Cara de Angel. Despacio fue al tablero y apuntó su bolada. Volvió tranquilo, siempre mirando la mesa). ...por la forma cómo ha trabajado se ve que es inteligente, que tiene sangre fría; pero, ¿por qué mierda se ha dejado chapar tan suave? No lo comprendo. Quisiera hablar con él.

La collera, después de discutir el asunto hasta altas horas de la madrugada, se dispersó en la puerta de la Quinta. La neblina resplandecía con la luz amarillenta de los postes y había sueño; pero la foto del Príncipe como una herida le hincaba el pecho a Colorete. La hazaña del Príncipe le quemaba, le mordía el corazón.

II

Mañana del 5 de agosto.

Desde el fondo de un canal negro se acerca una llamita naranja. Crece, crece y todo lo invade: naranja transparente con venas azules. Ahora, huevo oscuro con clara luminosa; corona verde brillante se aleja en violeta y se pierde y se pierde en morado intenso. Círculos y estrellas pequeñísimos nacen y mueren interminablemente. Este globo enanito, del fondo,

nace rojo; se acerca grande, amarillo; gigante, verde, se aleja, se aleja; muere: puntito azul. Arena menudita cae, violentamente, en silencio, como cataratas de piedras. Finísimos alfileres hierven en los pies: hormigueo bullicioso. Cómo abrir los ojos, cómo mover los pies sin sentir las agujas que trepan como arañitas electrizadas. Frío en la espalda y en el pecho y en las manos y en los pies. Cómo abrir los ojos si una luz intensa los oprime. Y después de todo hoy no hay colegio. Nuevamente el verde que se agita en olas rojas y Alicia en la playa me ve y se va con Carambola. Quedo solo en medio de la calle: amanece. Lloro, lloro, inconsolablemente. Todo está perdido. Estoy solo, solo, y tengo ganas de morirme. El nublado de la mañana enceguece. En el fondo de uno mismo, más adentro del pecho, se agranda un puñal helado, ardiente. Y es imposible contener el llanto y es imposible contenerlo. La misma sala de anoche, pero sin gente. "Es peligroso que esté con los otros", dijeron, y tuve que pasar el resto de la noche sentado en esta silla del Departamento de Delitos Contra el Patrimonio. Serán las siete, será más tarde: lo mismo da. "Pero de todas maneras, López, mañana temprano hay que hacer ese parte", dijo el Jefe antes de irse, anoche.

Este López es bruto y flojo como mandado hacer. Ya van tres papeles arrugados en el canasto y no pasa del título del parte. Minucioso, aplicado y limpio como el chancón de la clase; pero animal. Coloca el papel: lo cuadra, revisa las copias, las endereza. Enciende un contry. Bota el humo por las narices y la boca. Se para. Busca un cenicero. Lo encuentra. Tira otra chupada. Detiene el humo en la boca. Luego, hace argollas. Las mira hasta que se deshacen en

el techo. Se vuelve a sentar. Se quita el saco. Se arregla las mangas de la camisa. Mueve los dedos (para que se calienten, dice él). Mira el papel en blanco y se queda en babia. De pronto, se entusiasma y arremete valiente con las teclas. Se equivoca. Rompe el papel. Y, nuevamente, se prepara.

El Príncipe lo sigue con los ojos, lo examina, atentamente, y como una muchachita ingenua está que se come la risa. Ya no recuerda que ha despertado llorando: mejor. Por fin, el encabezamiento salió correcto, impecable, limpio, subrayado.

—Tu nombre completo.

—Roberto Montenegro del Carpio

—...d-e-l-C-a-r-p-i-o. A ti te dicen el Príncipe, ¿no?

—Si, señor.

—¿Por qué, ah?

—No sé, ¿ah?

(Si Lima es Ciudad de los Reyes por algo será. Robertito, tú tienes toda la facha de un Príncipe. Eres un auténtico hijo de Lima. —Y, ¿cómo sabes tú, cómo es la facha de un Príncipe? —le pregunté asombrado a Manos Voladoras. Entonces, él, afeminado como siempre, con ese tonito que me da risa, respondió: —No hay necesidad de ver príncipes de verdad para imaginarse cómo son. Se les conoce por lo que dicen las novelas, por lo que se ve en el cine y por un poquito de imaginación. Y, aunque vistas pobremente, disculpa la franqueza, porque no siempre el hábito hace al monje, tu estilo tan aristocrático de caminar, tu forma tan orgullosa de mirar, tu manera tan afectuosa de dar la mano y, sobre todo, el color mate pálido de tu tez y tus ojos tan grandes y tan altivos,

tan negros y tan redondos denuncian, aunque no lo quieras, tu realeza, tu sangre azul. In-dis-cu-ti-ble-men-te-e-res-un-Prín-ci-pe. To-do-un-Prín-ci-pe—. Y desde ese día se le metió en la cabeza que yo era un Príncipe. Porque Lima, siendo Ciudad de los Reyes, tenía que tener un Príncipe. Y me quedé con la chapa).

—¿Edad?

—Diecisiete años cumplidos, señor. Disculpe, señor; pero diecisiete se escribe la primera con ce y la segunda con ese, y no las dos con ese, señor.

—Yo sé cómo escribo. ¿En qué año estás?

—En Cuarto de Media, señor.

—¿Padres?

—Mi mamá murió hace tiempo. Mi papá vive todavía, señor.

—Déjate de tanto señor.

—Está bien, señ... —pícaro y palomilla, se tapó la boca.

—Diga el interrogado ¿cómo fue que asaltó al señor Arce?

(Un cartapacio resbaló de las manos de un pasajero que se había quedado dormido. El ómnibus de Matute se movía escandalosamente. Recuerdo que yo estaba en el estribo, gorreando. De repente, el señor se despertó y, al no encontrar su cartapacio, armó tal bulla que el chofer tuvo que parar el vehículo. Pero al encontrarlo en el suelo se alegró y, en alta voz, dijo que ahí llevaba más de diez mil soles. Sorprendido, paré la oreja. Para colmo de mis males, el señor ese tenía que bajarse en la misma esquina en que yo tenía que apearme. Varias cuadras caminé tras él. Se encontró con amigos y entraron a una cantina. Paciente, esperé fuera por más de dos horas. Salió solo, los demás quedaron quemando. Ese tal Arce fue el

culpable de todo: porque si él, en el ómnibus, no dice que tiene diez mil tacos, no se me hubiera despertado la ambicia y porque si se va derechito a su choza, sin quedarse en la cantina, no se me hubiera entrado la tentación. Pero eso no es nada, sino que se le antojó ir a casa de Gaby, la de las mecas. Ahí, la calle es bien oscura y casi no hay gente a esas horas. Me distancié un poco. Tomé valor. Apreté la carrera. Lo atropellé. Y fino, le arranché el cartapacio. Corrí como loco. Llegué a la Quinta. Debajo de las gradas conté el dinero. Mentiroso el viejo: apenas había cinco mil y algunos cheques por cobrar que no alcanzaban a mil quinientos tacos. La ambicia, compadre, que si yo rompo esos cheques, nadies me agarra. Y, por último, el tal Arce debe estar agradecido: que si cae en manos de maleantes, me lo cortan).

—Oye, ¿te has comido la lengua. No sabes hablar?

—Pero si los tiras están para averiguar el delito. Si yo lo cuento todo no hay gracia.

—¡Ah, carajo! ¿Dónde crees que estás? ¿Con quién crees que estás hablando, mocoso e'mierda?

El auxiliar López se puso en pie y le largó dos fuertes y sonoros sopapos. El Príncipe, sin perder su dignidad, con la mejillas sonrosadas, conteniendo las lágrimas y mordiéndose los labios, quedó en silencio, mirándolo con clase, resentido.

—Si quieres, contestas; si no, te jodes.

Dos brasas le quemaban el rostro. La boca la sintió amarga y tuvo ganas de tirarle el tintero por la cabeza. El auxiliar López, frío e indiferente, escribía: "el interrogado se niega a responder".

—Vamos con la otra pregunta. ¿Cómo es que robaste el auto?

(Al día siguiente del asalto, por la mañana, me fui al centro y en Marqueti me compré un pantalón negro, americano, tres casacas bien rocanroleras, dos tabas, como la gran puta, de becerro importado. Compré también cuatro cajetillas de Salen. Y en Oesle, después de enamorar a las vendedoras, le compré para la Alicia un vestido de lana).

—Vas a contestar o no.

(Cuando ya regresaba a mi casa, al cruzar la Avenida Tacna, vi un Fór. ¡Pucha si estaba bobo!: lo habían dejado con la llave en el motor y con las ventanas abiertas. Se necesitaba ser muy gil para encontrar así un For y no choreárselo. Tranquilo y sereno abrí la puerta. Me senté bien cómodo, como si fuera mío el carro. Encendí el motor y allá me fui, despacito no más, para que el tombo no se diera cuenta).

—Lo robé no más, pues, señor.

—Diga el interrogado cómo fue que aprendió a manejar automóvil.

—Mi papá, que es dueño de un taller de reparaciones, me enseñó, señor. (Ves que trabajo todo el día y ni siquiera me ayudas. Desde mañana, sin falta, te enseño a manejar carro, para que puedas ayudar en el taller).

—¿Puedo hacerle una pregunta, señor?

El auxiliar López lo miró y siguió escribiendo.

—Me puede decir ¿por qué el señor ese del carro dejó la llave y las ventanas abiertas?

López quedó silencioso y recordó: (Sí, señor, como le digo, llegué apurado al Banco. Se me vencía una letra, en último día. Ya iban a cerrar la oficina, así es que salí a la carre-

ra del auto sin darme cuenta que había dejado las llaves. ¡Qué descuido, por Dios!).

—Diga el interrogado ¿cómo fue que pasó la tarde del robo y en qué invirtió el dinero robado?

(Al llegar al barrio me encontré con Cara de Angel y lo invité al carro. Subió y nos fuimos al Callao. Ahí almorzamos y tomamos vino. Cara de Angel asustado me hizo varias preguntas sobre la mosca y sobre el carro. Le dije que había ganado plata en las carreras y que el For era del taller de mi teclo. Como a eso de las tres de la tarde regresamos. Lo dejé en el billar y le regalé más de cien tacos de verdad).

—¿Tampoco contestas a esta pregunta, no? Solito te estás jodiendo.

Mientras el auxiliar López escribía cuidadoso, el Príncipe se mordía las uñas y seguía atento el vuelo de una mosca, que por fin salió por la ventana.

—¿Qué hiciste después del robo, ah?

(Rapidito me fui a casa de Alicia. Silbé. Salió. Y estaba bien rica: ojerosa y con olor a cama sucia que arrechaba. La invité al cine. Me dijo que su mamá no la dejaba salir y que, además, tenía dolor de cabeza. Siempre lo mismo conmigo. Con Carambola es diferente. Para Carambola no hay dolor de cabeza. Para Carambola, su mamá la deja salir hasta de noche. Y ¿por qué, entonces, coquetea conmigo? Le enseñé el carro: se asustó; le di el paquete, lo abrió y, al ver el vestido, casi se desmaya. —Pero Príncipe ¿qué has hecho? ¿De dónde has sacado carro y plata? —repetí la historia que conté a Cara de Angel. No me quiso creer. —No me comprometas. Eres un ladrón. Déjame en paz—. Y se fue a

la carrera. Si yo fuera Carambola, de seguro que habría recibido el vestido, y, más que seguro, hubiera subido al carro. Todo se fue al agua. Y yo que pensaba llevarla al cine, invitarla al Crenrica y en el anochecer ir con el auto hasta Chosica. Le hubiera besado las manos y nada más. En ese momento la odié, la quise ver muerta, muerta; pero, ahora, qué raro, la quiero. No hay caso, estoy sufrido por ella. Templado hasta la remaceta).

—¿Parece que no te das cuenta de tu situación, no?

—Si usted lo dice, será así.

(Caliente me enchaté. Estuve solo en una cantina y toda la tarde puse boleros y guarachas en la radiola. Ya en el anochecer me encontré con Manos Voladoras. Afeminado, como siempre, me besó la mano. Entonces le dije: Gracias, madán. Le hice una venia y lo mandé a la mierda. ¡Pobrecito!).

—Diga el interrogado si el asalto y el robo lo cometió solo o acompañado.

—Yo solo me basto.

—Sigues insolente, ¿no? Diga el interrogado cómo fue que llegó a la casa de diversiones de Prolongación México?

(Más bruto es este auxiliar López: llegué, pues en coche, ¡carajo!).

—Tan mocoso y tan sabido, ¿no?

(Desde las vacaciones de fin de año, cada quince días, voy a casa de Sabina a donde Dora. Parece que Dora se enamoró de mí. Dora, pues. Esa chinita de 28 años, más o menos, que baila suvesísimo y que se pega como lapa, la conoces, ¿no? Cuando estaba en su cuarto ella misma me desvestía. Me daba vergüenza y le pedía que apagara la luz; pero Dora, caprichosa, no hacía caso y me acariciaba, tier-

na, todo el cuerpo. Asustado escondía mi cara en su pecho y me abrazaba fuerte, entonces, ella, suspendía mi rostro, me besaba dulcemente los ojos y decía loca, triste y llorosa. —¡Mi muchachito, mi muchachito!—. Creo que la llegué a querer y creo que ella también me quiso; porque nunca me cobró, al contrario, me invitaba cerveza).

—Diga el interrogado cómo fue que la fémina esa lo denunció y ¿por qué?

(Apenas la vi le enseñé plata, le obsequié el vestido y la saqué a la calle para que viera el auto. Cuando regresamos al bulín, ella, triste y decepcionada, me dijo —Así, con plata, regalos, carro, ya no te quiero. Me gustabas como chicoquito pobre, abandonado. Andavete. No vuelvas más por aquí. La agarré fuerte y ella creyó que le iba a pegar. Gritó y, en menos de un segundo, hombres altos y morenos me rodearon. Hasta ahora no me explico en qué momento llegó el patuto. El caso es que un sargento me llevó, casi en peso, hasta el For robado y, ahí, se descubrió el pastel).

—Hemos terminado el parte y casi nada has contestado. Fíjate, has robado más de cinco mil soles y un auto y en menos de veinticuatro horas te hemos capturado con todo. No hay caso: eres un cojudo.

(Sí, soy un cojudo, pero por culpa de Alicia y de Dora. Manos Voladoras también tiene la culpa. Siempre con la misma vaina: eres un Príncipe, eres un Príncipe. ¿Y cómo, en la Ciudad de los Reyes, un Príncipe sin auto y sin plata?: la hueva, compadre).

CARAMBOLA

Medianoche en el billar "La Estrella": humo y penumbra. Las bolas suenan, opacas. Se habla a media voz, como en la iglesia. Máquinas eléctricas resaltan, en la oscuridad, con luces y, en el silencio, con cascabeles finos.

—No hay caso, este Choro Plantado es un trome con el taco. Y es bien gallada. Cómo quisiera ser como él. Comenta Carambola con un compañero de clase que por primera vez pisa billar.

—Caramba, ¿si tú me enseñas a jugar podré llegar a ser como él?

—Claro, si te empeñas y vienes todas las noches.

—Ahora me enseñas, ¿ya?

—Mejor es que primero veas cómo juegan. Miremos al Choro Plantado. Manya, desde las siete está juega que juega, sin cansarse. No vayas a creer que es vicioso; él, sólo juega para liberarse.

—¿Liberarse de qué, ah?

—Es lo que hasta ahora no podemos comprender; pero así lo dice él. Luquea cómo arrocha a los sabidos. Míralo, a pesar de ser un poco gordo y casi teclo, cómo se desliza suavecito alrededor de la mesa. Y cómo pica a los sobrados. El es bien derecho, juega sin trampas y castiga a los torcidos. Manya, manya, está solo. Ya no tiene rivales. Ahora viene lo bueno: juega por jugar, solicísimo. No sé de dónde saca magia y hechiza las bolas.

Sólo una mesa iluminada. El Choro Plantado se exhibe como nunca. Los conocidos del barrio se aglomeran, silenciosos, en torno a la mesa. Hasta Don Lucho, que es tan serio, ha dejado el mostrador para verlo. Alguien, tal vez el Rosquita, salió corriendo a la cantina y avisó a gritos que el Choro Plantado estaba inspirado. Pobre japonés, piensa Don Lucho, se quedó sin clientes madrugadores; porque el Choro Plantado tiene para largo. Los espectadores, perdidos en la oscuridad hueca del gran salón de billares, sólo ven iluminados el rostro y las manos del Choro Plantado. Elegante y trágico, da vueltas buscando el ángulo preciso. Silencioso y calmo, echa tiza al taco. Transfigurado, taquea. Y las bolas avanzan, retroceden, se detienen y se encuentran en increíble carambola, como si estuvieran unidas por un hilo mágico, misterioso. Ebrio y, tal vez, un poco triste y, posiblemente, liberado, como dice él, respira y vuelve a taquear.

Las carambolas se suceden como cuentas de rosario. Las horas avanzan y, sorpresivamente, la madrugada entra en el billar con la negra que vende tamales calientitos. Es hora de retirarse, dice el amigo de Carambola. Carambola lo despide en la puerta, no puede acompañarlo. Esta noche tiene que hablar, de todas maneras, con el Choro Plantado de "un asunto de hombres, de vital importancia".

—Me buscabas, Carambola, ¿no es así? —preguntó el Choro Plantado, mientras guardaba su taco en una bolsa de nylon.

—Sí, don Mario. Este... yo quiero hablar con usted, pero no aquí. Este... ¿qué le parece si vamos al japonés?

—¿No es un poco tarde para ti? Aún eres mocoso y en tu casa te pueden sonar.

—Yo no soy mocoso y nadies me importa y... además, a nadies le importo en mi casa.

—Si es así, vamos.

Invierno húmedo y gris, hasta en la madrugada. La gente y los postes, con la neblina, se vuelven borrosos y distantes. La luz pálida transforma el asfalto en espejo negro, brillante. Y las calles son estrechos callejones interminables, desiertos. Cómo poder hablar sin miedo, de frente, con el corazón desnudo, sin avergonzarse. Caminan en silencio. Carambola: tímido y con la ansiedad adolescente del joven que quiere ser hombre, urgentemente, y el Choro Plantado: ebrio, pero triste.

Parece que de propósito se detuviera la madrugada. Nadie juega cacho en la cantina: beben, hablan, escuchan radiola. Se toma cerveza y la espuma se bota al suelo cubierto de aserrín húmedo y sucio.

—Esta cantina parece el desaguadero de todas las fiestas —dice, por decir algo, el Choro Plantado.

—Es verdad, Don Mario. Aquí todos la rematan —contesta por contestar Carambola. Luego permanecen en silencio hasta que el Choro Plantado habla.

—Tú me quieres decir algo, pero tienes miedo, ¿no es cierto? Bueno, creo que después de tomarte un pomo se te pasa el miedo. Salud. (Si parece que fuera ayer, y por lo menos, hace más de cinco años. Don Lucho lo tenía cogido por la oreja y estaba decidido a entregarlo al patuto. —No quiero que entres al billar. Este local no es para mocosos. Apenas llegas a la mesa y ya te mueres por el taco. Antes que me saquen multa por permtir menores, te mando preso—. Interviene y Don Lucho, por últi-

ma vez, lo perdonó. Desde entonces fue mi sombra, mi rabera. Como un perrito gracioso a todas partes me seguía. Cuando entraba al billar se quedaba en la puerta, esperándome, y cuando salía me preguntaba. —¿Y cuántas carambolas hizo? —Sin darme cuenta comencé a llamarlo Carambola y se quedó con Carambola, hasta el día de hoy). Bueno, Carambola, ya que tú no quieres hablar, escúchame. No sé por qué esta noche tengo ganas de hablar, de sincerarme, contigo. Yo sé que tú quieres ser el trome del billar; pero, para eso, no sólo basta saber manejar el taco. Hay que tener pasión por el juego. Por la vida, Carambola. Siempre he dicho: una mesa, con buenas bandas; un taco, de mi propiedad; tres bolas, sin quiñes; cebada y carretas me bastan para llegar hasta las últimas consecuencias de una vida intensa. Ahora, estoy casi borracho, sin haber tomado mucho: es el juego, Carambola. El juego me libera, Carambola.

—Don Mario, ¿no se enoja si le pregunto algo?

—No, pregunta no más.

—El juego ¿de qué lo libera, Don Mario?

—Eres chicoco, todavía, no comprendes. Cuando la vida te golpee, comprenderás que todos los hombres que vivimos "intensamente" guárdamos un secreto. Puede ser una mujer o tal vez... no sé. Pero lo guardamos aquí, Carambola, en el corazón. Y hay días que el corazón pesa demasiado y parece que reventara y entonces hay que liberarse y se juega o se toma hasta quedar borrachos.

Tímido y asustado, con el vaso de cerveza en la mano, Carambola interrumpe.

—No diga eso, Don Mario, me asusta. No se ponga triste; porque yo también me apeno.

Si en algo puedo ayudarlo, páseme la voz.

—Gracias, Carambola. Es necesario que me conozcas, que sepas con quién estás hablando. No vaya a ser que te enteres por otro y me creas mentiroso. Yo estuve en la sombra, Carambola, pero no por ladrón, sino por que me desgracié. Lo más triste que le puede pasar a un hombre es que lo hagan cojudo. Por eso la maté, Carambola.

—Sí, Don Mario, algo escuché de su desgracia. (¡Jesús, Dios mío! ¡Qué desgracia! ¡Un crimen! Y la vecina despertó a toda la Quinta. Quise salir, pero mi mamá nos encerró. —No sirve que los chicos vean esas cosas—. Me caía de sueño y la sirena de la ambulancia resonaba desesperada en mi cuarto. Pero los ojos se me cerraban y mis hermanos empeñados en verlo todo por la ventana: ¡era una pesadilla! En la mañana desperté asustado y seguíamos encerrados. Ya en la tarde, mi hermana mayor nos leyó "Ultima Hora". —Pobre Don Mario, no tuvo suerte con su mujer —comentaba la vecina. —Pero no la debió matar —respondía mi mamá).

—Tú estarías de cinco años, más o menos. Cuando cumplí mi pena, nadies me dijo nada, al contrario, todos los de la Quinta me invitaron. Y no me fui del barrio, porque aquí todos son buenos: me llaman choro; pero no criminal. Y ahí vamos, Carambola, jalando, tirando pa'delante, con negocios, ya tú sabes. Pero mejor hablemos de lo tuyo.

—Bueno, Don Mario, este... yo sé que usted es bien leído y experimentado. Este... no sé cómo decirle...

—Habla no más, sin miedo, para eso somos hombres.

—Ya, Don Mario, pero antes, salud. Este.. estoy templado de una chelfa del barrio.

—Y qué pasa, ¿le has clavado un hijo?

—No, Don Mario, todavía.

—Quién es, ¿la conozco?

—Sí, Don Mario, pero mejor no le doy el nombre.

—Bueno, si lo quieres así, está bien.

—Usted que es corrido sabe que del plan de paleteo y chupete hay que pasar a otra cosa, uno no puede quedarse en el plan de cochineo. México no es lo mismo, allí, falta cariño, no sé ... Pero para eso está la gila de uno. Y ya no me contengo, Don Mario, y la chelfa está que quiere. Mañana domingo, o sea hoy, mis teclos se van a Chosica, no voy con ellos: les he dicho que tengo que estudiar para los exámenes. Voy a estar solo en mi hueco y he quedado con la gila para acostarnos en mi cama: vamos a estar solititísimos.

—Te felicito, Carambola. No hay que perder la ocasión.

—Pero tengo miedo, Don Mario: la gila está cerradita.

—¿Y cómo lo sabes?

—Ella misma me lo ha dicho y además... (Había poquísima gente en la matiné. La gila casi estaba sentada en mis rodillas. —No, Carambola, aquí no. Tengo miedo—. La tuve que dejar, pero ya la había palpado bien). No puedo equivocarme, Don Mario, yo sé por qué lo digo. Ella me quiere y no puede mentirme.

—Pero las mujeres son mentirosas y más cuando se trata de amor.

—Pero mi gila, no. Don Mario, ¿es cierto que cuando están cerraditas se desangran? Tengo miedo que me pase algo. ¿Qué me aconseja, Don Mario?

—Lo tienes que hacer con cuidado. Por si las moscas, compra en la botica algodón, gasa, alcohol. Viéndolo bien, ya no eres tan chicoco que digamos y tienes que ser sabido: a tu edad no sirve amarrarse con hijo. Mejor compra en La Colmena, lo que ya tú sabes.

—¿Pero es cierto que se desangran y pueden quedarse muertas?

—No siempre, pero se han visto casos. A un párcero mío le pasó algo muy grave. Llevó a su gila a un hotel. La feligresa era virgen y comenzó a sangrar. Asustado, cogió una sábana y trató de contener la hemorragia; pero nada. La sangre salía, salía, salía. Había que verlo cuando en plan de compadre contaba el incidente. Decía, moviendo las manos y con tamaños ojos: todo era rojo, rojo, rojo, rojo. Tuvo que llamar matasano. El matasano pidió ambulancia y se la llevaron a Grau, a la Asistencia. Cuando el teclo de la gila se enteró, casi me lo despacha al otro mundo. Claro, que como dicen los médicos y las revistas de sexología, no todas las mujeres son delicadas. Como en el juego, Carambola, todo es cuestión de suerte.

—Me está metiendo miedo, Don Mario.

—No te asustes, si te cuento casos, es para que estés prevenido. No te olvides de comprar lo que te he dicho en la botica. Tienes que hacerlo despacito con muchísimo cuidadito, con delicadeza...

—Gracias, Don Mario, por sus consejos.

—¿Puedes darme el nombre de la fulana esa? Es pura curiosidad, nada más. Te guardo el secreto. Ahora, si no quieres...

—Este... es Alicia, la hija de la señora Jesús.

El Choro Plantado, silencioso y triste, pagó la cuenta. En la radiola terminó un vals y los clientes se retiraban borrachos.

—Ahí nos vemos, Carambola.

—Hasta mañana, Don Mario.

El Choro Plantado, con las manos en los bolsillos y las solapas del saco levantadas, solo, parado en la puerta de la cantina, vio la casaca roja de Carambola perderse en la neblina. Y mientras caminaba dijo, despacio, hablando consigo mismo: "Casi todas las chelfas son iguales. ¡Pobre Carambola! Si supiera que su tal Alicia es más puta que una gallina. Todas las gilas son igualititas. ¡Pobre Carambola!"

COLORETE

9 de la noche. Cantina del japonés. En la radiola la guaracha: "Marina".

(Estoy enamorado de Marina
una muchacha bella alabastrina
como ella no hace caso de mis cuitas
y yo me vuelvo loco por su amor).

Humo. Luz naranja y guaracha. Cubiletes y cebada para todos. ¡Ay, Juanita, Juanita, Juanita! Estoy enamorado de Juanita. Una muchacha bella alabastrina. ¿Qué será alabastrina?

(El día que la encuentre sola, sola
entonces le diré lo que la quiero).

Es su fiesta. Su cumpleaños. Y esta noche sin falta le caigo. De todas maneras. Sin pierde. Es su fiesta.

(y por un beso que pondré en su boca
sabrá que yo la quiero de verdad).

Bailaré con ella. Solo. Solo. Y no podrá decir que no. ¿Quieres ser mi gila? Bueno. Beso. Sí. Su guaracha preferida. Carambola lo contó. En ropa de baño guarachaba en Agua Dulce. "Carambola, si supieras lo de recuerdos que me trae esta guaracha". Pero a mí, la guaracha me pone triste. Pero triste de triste.

Triste de no sé qué. Parece que las maracas revolvieran en el fondo de mi pecho una culebra ardiente. Y luego una como espada de fuego se me clavara en la garganta. Y apenas si puedo decir tu nombre. Juanita. Juanita. Juanita. Y lo digo como si tomara un poco de miel quemante. Juanita. Juanita. Pero la guaracha me pone triste. Sufrido.

(—¿Qué pasa, Colorete, te has comido la sin güeso?
—Déjalo, que está templado.
—Ves lo que te pasa por cirio.
—Colorete, chupa y di que es menta).

Juanita. Juanita. Cuando te veo sufro. Cuando no, también. No sé qué hacer. Esta noche te saco a bailar. Guaracha, no. Bolero. Bolero. Me apretaré a tu cuerpo. Te oleré de cerca. Y si puedo, te beso. Palabra.

(Marina, Marina tu boca yo quiero besar)

Quiero ser como Carambola. O como Natkinkón. Ellos ríen y se alegran con guarachas. En los tonos son de triana. En cambio yo me pongo corto. Tímido. Y me las paso chupando. Las muchachas arregladas y bonitas que van a los tonos me dan miedo. Meten miedo. Imposible hablarles: tembladera y tartamudo. Y si miran como diciéndome: ¿Por qué no me sacas a bailar? Tiemblo y me escondo. Mi campo es la calle. La Collera... Ahí soy atrevido. En la calle soy el capazote Colorete. Pero en los tonos me achico. Soy un cobarde.

(Marina, Marina, Marina, contigo me quiero casar).

(—Pucha, si estás en la luna.
—¿Qué te pasa, Colorete?
—No le hagan caso. Antes de los tonos siempre se pone así).

Esta noche no podrá decir que no. Estará alegre. Es su cumpleaños. Y estoy bien firme. Mi peluca está recortada. No hay caso, Manos Voladoras: un artista. Mis zapatos, de gamuza. Estreno pilcha azul y corbata de seda italiana bien bacán. La cara está que arde. Claro, si no había nada qué afeitar. Pero este señor, tuvo que afeitarse, para estar presentado. Le llevo un regalo. Un prendedor de plata. Caro. Caro. El doctor ese es buena gente. Me dio mosca: Le dije: Para mañana necesito azules. No es para mí, aclaré: es cumpleaños de mi gila. La próxima semana tendré que ir a su casa. ¡Qué se le va a hacer!

(Mira cómo sufro tú debes amarme
no debes martirizarme
que esto lo castiga Dios).

Juanita, Juanita, por qué me desprecias. No me hagas sufrir, que Dios lo castiga. No soy feo, que digamos. Al contrario. Quién no quisiera tener mi pinta. Las gilas se me echan. Si vieras los ojos que ponen cuando me miran de frente. Pero yo me burlo de ellas. Mirándolas, me muerdo los labios. Cierro los puños. Suspiro.

(Mira como sufro tú debes amarme
no debes martirizarme
No, no, no, no...)

No. No podré olvidar el día que por primera vez te vi. Tú eras nuevita en el barrio. Reciencito te habías cambiado a la Quinta. De arriba abajo y de abajo arriba te la pasabas la tarde. Quince años tenías. Un día alguien me trajo un recado. Un paquete pequeño. Al abrirlo encontré un colorete y un papel escrito: "Te amo".

J.

Pucha, si casi me muero de alegría. Pero como siempre tuve miedo. Tan sólo te miraba de lejos. Cómo no me declaré. Ya hubieras sido mi gila. Soy un cobarde. Cuando llegó el verano, con Juanita, con sus amigas y con la Collera me fui a Agua Dulce. Juanita, risueña y escandalosa, cantaba en el tranvía. Triste y callado, sufría de tan sólo mirarla. En la playa, no sé por qué, quise verla desnuda. Cuando entró a su carpa, me eché en la arena y, despacito, levanté la lona. ¡Para todo tengo mala suerte! Se había venido con la ropa de baño puesta debajo del vestido.

En la playa, Juanita —dorada, color canela—, corrió y saltó sobre la espuma. Al fondo, el mar verde. Y, aquí, sobre la arena caliente, sufría. Recuerdo que luego me puse de pie y entré a su carpa. Cogí su ropa. Tenía un olor suave, húmedo. No sé qué recuerdo de infancia me tomó por entero. Cerré los ojos y un como licor caliente sentí en mi cuerpo. Salí a la carrera, me metí en el mar. Al regresar, ya por la tarde, al barrio, no podía resistir sus ojos negros, negros, negros.

(—¿Jugamos la cebada?
—¿Juegas, Colorete?
—No, yo pago todo. Tengo plata).

Juanita, ahora, estás muy cambiada. Pero yo sé que sólo es cáscara. Estoy seguro que basta una palabra mía para que seas la chicoquita de quince años. Ahora, siempre me arrochas. Los muchachos dicen que te has vuelto planera. Pero planera con otros. Con los que no son del barrio. Esta noche te abrazo. Te regalo el prendedor. Y te digo despacito: ¿Quieres ser mi gila?

(—¿Nos vamos?
—A lo mejor ya no alcanzamos pato).

Baile. Baile. Baile. Vestidos de colores. Sudor y música. La habitación demasiado estrecha para tanta gente. Los viejos están chupa que chupa. La cocina se llena de comadres acomedidas, de vecinas intrusas, de gallinas en escabeche y de caldo de pollo. Humo de cigarro fino y brillantina. Perfume picante de axilas femeninas. Se baila alegre la guaracha. Triste, el bolero. Carambola está pegado a la mano de Alicia. El Príncipe los mira de reojo y se va a la cantina. El Rosquita, gracioso, como siempre, baila solo. Y Natkinkón dirige la orquesta del disco. Cara de Angel busca a Gilda. No pudo venir, está un poco indispuesta, le dicen, y queda triste. Colorete espera a Juanita. Juanita sale del dormitorio del brazo de su tío.

Japiverdituyú....

Colorete se esconde. Terminan los aplausos y las vivas a la dueña del santo. Luego, solos, Juanita y su tío bailan un vals de Straus.

Colorete, sufre. Termina el vals y Colorete busca a Juanita.

—Feliz cumpleaños, Juanita.

—Gracias, Colorete.

—Te regalo.

—Gracias, después lo veré. Guárdamelo, ¿ya?

—¿Bai...bailammos?

—Disculpa, pero estoy cansada.

—Pero si recién, es que yo, yo...

—Luego nos vemos, Colorete. Que te diviertas.

Juanita, sobre un taco, dio una vuelta en redondo y coqueta y ágil se dirigió a Javier Montero, estudiante de Derecho.

—Javier, ¿me enseñas ese nuevo paso de tuiss?

EL ROSQUITA

Gorrito encarnado. Cabello negro alborotado en la frente. Ojos niños y tristes. Cigarrillo que se cae, que se cae de la boca. Casaca roja y pantalón negro: el Rosquita. Y el Rosquita es todo un muchacho. Y no es porque yo lo diga. Pero, de verdad, no puede disimular su edad: dieciséis años, pese a que él sueña con ser adulto, ahorita mismo. Urgentemente.

Sabe que los adultos, los hombres hechos y derechos, pueden trajinar, sin miedo, por lugares prohibidos; sabe que los adultos pueden entrar a una cantina y pedir un trago; sabe que los adultos pueden entrar al cine a ver películas escabrosas e impropias para señoritas y menores; sabe que un adulto puede llevar a su enamorada al Parque de la Reserva; en fin, sabe que un adulto es un ser enteramente libre. En cambio, sabe también, que un muchacho... mejor no tocar el asunto, porque es como para morirse de cólera. Por eso, tal vez, pensó en falsificar no sólo la letra sino también la firma de su madre para hacerse un certificado que dijera: "La que suscrive por la precente certifica que su hijo Romulo Campos tiene veinte años, por lo que está permitido de hacer cosas de hombres; Se ruega a los señores policías no molestarlo sufre del hígado. Atentamente Gosefina Martines de Campós. su mamá".

Por desgracia, la policía no hace caso a esta clase de documentos.

El Rosquita es cliente empedernido de billares, de cantinas, de lugares prohibidos, etc., etc. Pero también es cliente empedernido de comisarías. Por eso, para que el patrullero no se lo cargue, tiene que poner cara de "maldito", de hombre "corrido", torcer los ojos, fumar como vicioso, hablar groserías, fuerte, para que lo escuchen, caminar a lo James Dean, es decir como cansado de todo, y con las manos en los bolsillos y, de vez en cuando, toser ronco, profundo. Pero todo para nada. Hay algo que lo denuncia como menor de edad. Tal vez sea su presencia o su manera de comportarse que es imposible disimular.

Un amigo del Rosquita, mejor diré, un párcero del Rosquita, para emplear una palabra de su uso, me contó el otro día que el Rosquita es bien niño. Así, cuando se trompea y le pegan no puede contener el llanto. Entonces, entre lágrimas, explica: "Lloro no porque me duele. Lloro de cólera: soy enfermo del hígado".

Cuando enamora es palomilla y atrevido. Comprende que un adulto debe enamorar a viejas, pero, a él, le gustan las chiquitas. Y esto no se puede remediar. Una tarde se encontró con Margarita —trenzas, faldita de colores, catorce años— le dijo: "¡Ay corazón de pepipalta!" Margarita lo mandó, con una palabra deshonesta, a pasear. El Rosquita enfurecido, con bilis, contestó: "Tu boca es parecida a la de esas". Y Margarita con aires de mujer perdida le gritó: "Calla, calla, angelito". "Fíjate, dijo el Rosquita, para mí ya no eres mujer.

Eres como hombre y ahora te pego". Durante una semana sus amigos le gritaban: "Hasta Margarita te hace llorar". "Acaso, acaso, contestaba, tapándose los ojos con la punta de los dedos, mentira, mentira de mentira". Estos incidentes le amargan la vida.

Rosquita, aunque no lo creas, te conozco demasiado. En la galería del cine de tu barrio eres el más ocurrente. Desde la triste soledad de la platea te he escuchado. Y un día de verano te he visto gorreando en el estribo de un tranvía de Chorrillos. Ibas con todo el cuerpo al aire y tus cabellos en tremolina al viento cubrían tus ojos. Y, cada vez que venía el cobrador lo saludabas, palomilla: "Presente, mi general". Cada cuadra un chiste y un repertorio inacabable de piropos. Recuerdo que un cura gordo y serio se comía la risa, hipócrita. Te he visto también jugar fútbol en la calle de tu Quinta. Y te he visto también llorar después de la pelea con algún "torcido", como los llamas tú. Te he visto también en el billar "La Estrella", escondiéndote de Don Lucho. Y te he visto también cantar y bailar en la cantina del japonés. Te he visto también, tímido y oculto, deslizarte por lugares prohibidos. Y te he visto también pasear con tu muchacha, con tu gila, Rosquita.

Pero también sé que a pesar de tus gracias, de tu risa y palomillada eres triste. Eres triste porque comprendes que un muchacho como tú puede perderse. Ahí no está el Príncipe de ladrón; Colorete, de "maldito" y casi, casi perdido; Cara de Angel, de jugador, capaz de empeñar su camisa e irse desnudo, de noche, a su casa, por una mesa de billar; Carambola

que está llevando mala vida con una mujer mayor que él; Natkinkón, bohemio y jaranero; y del Chino y del Corsario, mejor no hablar de ellos. Pero tú quieres ser bueno: lo sé. Si en algo has fallado ha sido por tu familia, pobre y destruída; por tu Quinta, bulliciosa y perdida; por tu barrio, que es todo un infierno y por tu Lima. Porque en todo Lima está la tentación que te devora: billares, cine, carreras, cantinas. Y el dinero. Sobre todo el dinero, que hay que conseguirlo como sea. Pero sé que eres bueno y que algún día encontrarás un corazón a la altura de tu inocencia.

Oswaldo REYNOSO.

Chosica, Junio-Octubre 1960.

VOCABULARIO

Acariciar	Cortar la cara con cuchilla
Arrechar	Excitar sexualmente
Arrochar	Despreciar
Bacán	Elegante. Bonito.
Bollo	Producto de un robo
Borrao	Picado de viruelas
Bronca	Pelea. Enemistad
Bulín	Prostíbulo
Campana	Ladrón que vigila en los alrededores del lugar del delito, mientras sus compañeros roban
Capazote	Jefe. El más hábil en cualquier actividad
Carreta	Amigo
Cebada	Cerveza
Cerradita	Virgen
Cirio	Enamorado
Cochineo	Distracción deshonesta
Collera	Pandilla. Grupo íntimo de amigos
Comercios	Periódicos
Como el ajo	Excelente. Bueno
Corrérsela	Masturbarse
Cracp	Juego de dados
Cuadra	Barrio
Cubiletes	Dados
Cuñado	Tratamiento entre amigos
Chalaca	Patada dirigida al pecho del contrincante
Chapa	Sobrenombre
Chelfa	Muchacha. Enamorada
Chicoco	Menor de edad
Chiste	Revista de historietas
Choro	Ladrón
Choza	Casa. Hogar
Chupetear	Besar en la boca

Derecho	Amigo correcto
Desahuevar	Dejar de ser tonto
Desgraciarse	Volverse asesino
Enchatar	Embriagar
Estar en jodas	Estar arruinado
Ensarte	Irresponsable. Inútil. Tramposo. Engaño.
Espeso	Fastidioso
Estar armado	Estar preparado para el acto sexual
Estar en la sombra	Estar en la cárcel
Estar sufrido	Melancolía, angustia de amor
Estar templado	Grado máximo de amor
Feligrés	Hombre. Mujer
Ful	Veloz
Gila	Muchacha. Enamorada
Hueco	Casa. Hogar
Jardinera	Juego de billas
Jabe	Garsonier
La sin güeso	Lengua
La Tercera	"La Crónica", Tercera edición (Periódico)
Lechero	Que tiene suerte
Loca	Homosexual escandaloso, desvergonzado
Luquear	Mirar
Manyar	Mirar
Matasano	Médico
Meca	Prostituta
México	Refiérese a los prostíbulos que están en Prolongación México
Mosca	Dinero
Mostacero	Persona que convive con homosexuales

Paleteo	Manoseo erótico
Párcero	Amigo íntimo
Patuto	Patrullero
Parar	Entender
Picar	Provocar
Pilcha	Terno
Planera	Mujer que tiene varios enamorados al mismo tiempo y que accede fácilmente a los requerimientos eróticos
Plantado	Ex delincuente
Pomos	Botellas de licor
Quemar	Tomar licor
Quinta	Casa grande de vecindad
Remaceta	Estar lleno, colmado
Sabido	Vivo, mañoso
Sobrado	Petulante
Ser corrido	Tener experiencia de la vida
Ser de triana	Alegre. Ameno. Que con facilidad entra en confianza
Ser gallada	Ser amigo
Tabas	Zapatos
Tener asado	Molestar
Tomar de punto	Cuando se molesta continuamente a alguien
Tacos	Soles (dinero)
Teclo (a)	Viejo. Padre. Vieja. Madre
Tiras	Investigadores. Detectives
Tombo	Policía
Trome	El mejor de todos
Torcido	Amigo falso. Tramposo
Tono	Baile. Fiesta
Uña	Cuchilla. Chaveta

* Algunas definiciones han sido tomadas de la "Jerga del Hampa" de José Bonilla Amado.

INDICE

Pág.

CARA DE ANGEL 11

EL PRINCIPE 27

CARAMBOLA 47

COLORETE 57

EL ROSQUITA 65

VOCABULARIO 71